



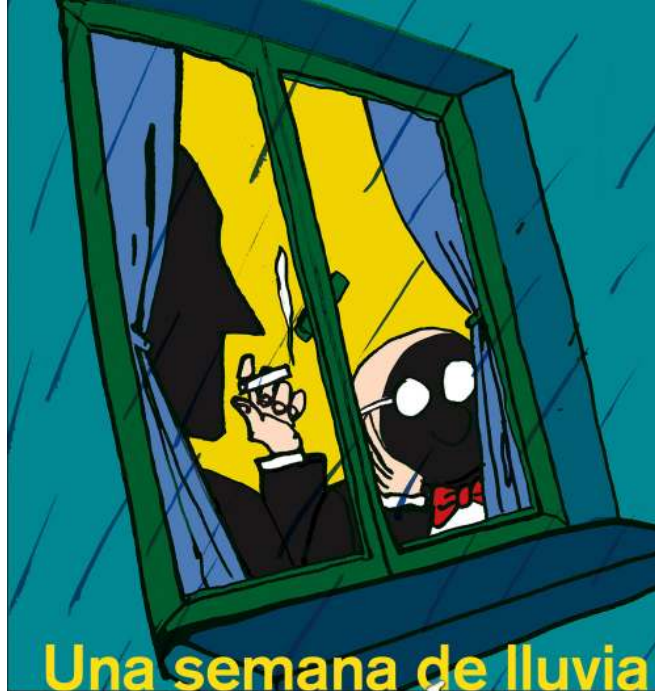
Una semana de lluvia

Una aventura de Plinio

Francisco García Pavón

Prólogo de Juan Bolea





Una semana de lluvia

Una aventura de Plinio

Francisco García Pavón

Prólogo de Juan Bolea



REY LEAR [49]

UNA SEMANA
DE LLUVIA
UNA AVENTURA DE PLINIO



PRÓLOGO

por Juan Bolea

MI ADMIRACIÓN hacia Francisco García Pavón ha crecido con el tiempo, las relecturas y las calles de Tomelloso, en cuyo aire seco y limpio las palabras flotan como pájaros.

En la plaza y en el Casino de la ciudad manchega, el espíritu y la estatua del escritor siguen empuñando la pluma. Don Francisco no está solo. Tiene su pueblo, sus lectores y algún editor, como Jesús Egido, empeñado en la noble tarea de rescatar y divulgar su obra.

García Pavón, padre de la novela policíaca española, era, es y seguirá siendo de allí, de su mundo real y literario. Los actuales habitantes de Tomelloso son hijos y nietos de sus personajes.

El primero de ellos, Manuel González, Plinio, fue nuestro detective inaugural y el único que no imita, homenaja o replica a los modelos extranjeros.

Este inteligente y modesto guardia municipal, a ratos alegre y cervantino, ora melancólico, taciturno, se ha colado por la puerta grande de la novela negra a base de desayunar chocolate con churros y almorzar con un asesinato resuelto. Y no de cualquier modo relatado, sino a la densa, colorida, irónica y tierna manera narrativa de un García Pavón que, como Plinio, crece a medida que el tiempo nos deja entrever, entender, su providencial nacimiento a la novela de acción y su decisiva saga de episodios detectivescos.

Aunque el maestro ya naciera con la sabiduría del misterio y el secreto de la tensión narrativa, e innatamente supiera tanto de técnica como una



Cubierta de la primera edición publicada por Destino.

Agatha Christie o un Raymond Chandler, Tomelloso no es Londres ni Nueva York y no debió resultar fácil para García Pavón adaptarlo como marco de sus novelas de intriga. Al cabo de su magna obra, sin embargo, la atmósfera y el escenario de Tomelloso, sus fiestas, su puesto de buñuelos, el coche de don Lotario, la tertulia de los cabos, los señoritos, esa mujer juncal con que siempre soñó el autor y el calor de los cuerpos en el aire seco y limpio

de la ciudad, donde deseo y crimen flotan como las palabras y los pájaros, juntos y a menudo revueltos, se erige como un gran logro. Como el cimiento de una serie policíaca y la piedra de toque que convertiría a su autor en uno de los más relevantes prosistas de la segunda mitad del siglo XX español. Heredero de Cervantes, de Pérez Galdós y Baroja.

Una semana de lluvia nos abre de par en par las ventanas de la España interior y el mundo pequeño y grande a la vez, universal y local de Tomelloso y de su escéptico «pantocrátor», Francisco García Pavón. Sus dimensiones, correspondientes a las de la naturaleza humana, se ensanchan o entenebrecen con las pasiones, tal como corresponde al limbo que quiere ser cielo, pero que es infierno, de la novela.

En el presente argumento, una muchacha ahorcada en el camarón de una casa del pueblo abrirá las páginas a la acción y a la labor deductiva de «Plinio», porque las puramente literarias ya las había inaugurado el autor con la primera y antológica escena del café.

Don Francisco es un mago cuyo arte no se nutre de alfombras voladoras ni de mujeres que duermen con Chanel nº 5, sino con la realidad vista a través de los ojos velados por la picadura de tabaco de un policía —«el policía» por excelencia— español, aquel entrañable y necesario Manuel

González que en esta novela que ustedes tienen en sus manos piensa, deduce y actúa durante una intensa semana, bajo la lluvia, frente a la muerte seca y brutal a la que tan bien conoce.

JUAN BOLEA

VIERNES

PLINIO, A PESAR DE SER HOMBRE más que maduro, cuando llegaban los días feriados del pueblo, allá por la cola del agosto, se sentía renovalío y bullente. Tal vez sus mujeres le contagiaban la comezón. Pasada la Virgen de agosto, cuando pintaban las uvas, presas de un telele ancestral, ellas empezaban la faena de enjalbegar la fachada, pintar las puertas y hierros de color verde —la portada un año sí y otro no—; encintaban el patio, lavaban los visillos y podaban los hierbajos de los arreates que festoneaban el corralazo trasero... De suerte que al llegar el día de la pólvora —víspera de ferias— la casa de puro relucía, imponía mucha purificación. ¿Qué esperaban «sus mujeres» de la feria, aparte del turrón y mazapán que Plinio les traía de casa de la Elodia? ¿Qué aguardaba el propio Plinio, ya canosos los pelos del pecho, de la semana de feria, a no ser vestirse el uniforme nuevo todos los días, pasarse más rato en el Casino e ir «de servicio» a los toros y al circo alguna tarde? A todo lo más, pasear algún día con don Lotario o sus mujeres por el ferial. Pero lo cierto y fijo es que, a pesar del reducido catálogo de esperanzas, Manuel González, alias Plinio, jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso, cuando la feria del pueblo asomaba la ceja por el calendario, como en sus tiempos mozos, sentía la sangre más líquida y que nuevas rúbricas de sonrisa y desparpajo le acudían a los labios y al ademán.

Pero el año que digo, las cosas se malterciaron el mismo día de la pólvora para no remediarse en toda la semana.

CUANDO PLINIO ACABÓ aquella mañana sus burocracias, señalamiento de servicios especiales y dejó en su punto las órdenes oportunas del señor

alcalde y del presidente de la comisión de festejos, con sus pasos calmos, se llegó al Casino de San Fernando para tomar las primeras cervezas de la feria. Además, estaba citado al filo de las dos con don Lotario; Claudio Arrarte, que les iba a presentar a su nieto de dos años; Luis Pérez, que por vez primera venía a pasar la feria al pueblo; Recinto el exiliado, que se había revecindado luego de treinta años por América, y *Coño Venegas*, que cumplía sus primeras cincuenta ferias y quería hacer «un estropicio» —son sus palabras— por si no volvía a efectuarse parejo cumplimiento. Pues según decía, todos los de su familia que él alcanzó celebraron el primer centenario igual que el segundo, es decir criando malvas.

Al cruzar la plaza, Plinio echó un ojeo al cielo por cima de la visera de su gorra gris, porque lo sintió de pronto excesivamente capotón, sin pensar que aquella súbita cobertura fuera a tener más ley que una tormentilla canicular de esas que aventan los últimos polvos de las parvas, barnizan las hojas de los árboles y dejan luego un oreo perfumado y respiradero. De pronto la plaza se había cubierto con una boina de nubes luteñas, y todo el pueblo parecía más recogido, protervo y silencioso. Ya en la misma puerta del Casino sintió un amago de trueno y no sé qué aliento cálido que le trepó por las bocas del pantalón. Entró y notó en seguida el bulle bulle de más gente que la habitual a aquella hora en días ordinarios y el flamear de sonrisas y compadrazgos, que sólo cuajan en vísperas de festejos y huelgas. A pesar de esta animación, por causa de las nubes, el salón bajo del San Fernando aparecía ensombrajado y cenicero.

Iba hacia la barra buscando la compañía, sin reparar en la retaguardia, y fue de ésta precisamente de donde salió el vozarrón de Claudio, que con su deje entre vasco y tomellosero lo reclamaba:

—¡Jefe, aquí!

En ancho coro, junto a un ventanal, estaban los contertulios dichos y otros fuera de cuenta, que con mucho regocijo y palabrería bebían de las jarras de cerveza con bigote de espuma y pinchaban en los muchos platos de aperitivo que había sobre los mármoles. Ante el ambiente plomo de la plaza que se veía tras los ventanales, la cerveza era un consuelo de luz.

—Ha llegado la FBI compañeros. Se acabó el hablar mal del régimen — dijo Claudio con ademanes muy aspavientosos y hechos con una sola mano, mientras con la otra sostenía sobre las rodillas a su nieto, casi recién estrenado—. Le presento, jefe, al que le va a quitar el puesto, porque va a ser más listo que usted como de aquí a Lima.

Plinio le hizo una tímida caricia al chavalete y en seguida felicitó a Benito Venegas, alias *Coño Venegas*, que se lucía, convidador, con muchos ofrecimientos y sonrisas. Tomó asiento, y Moraleda, que estaba al cuidado del cumpleaños, le trajo una jarra de cerveza y cortezas fritas, que le gustaban a Plinio como aperitivo de arranque.

—Pero Manuel, tome usted langostinos, que los paga *Coño*.

—Después.

Luis Pérez, con la cachimba en el rincón de la boca, sonreía a medias contemplando a *Coño* y a Plinio. Éste ofreció un trozo de corteza al nieto, que se la comió bizqueando un poco, como es natural, cuando se mira lo que se engulle.

—De modo, Venegas, que cincuenta años. ¿Y qué tal te han caído? — (Plinio).

—Coño, malamente.

—¿Por qué, hombre?

—Coño, porque es una edad sin fácil doblete.

—Nunca se sabe.

—Coño, ¡y qué no!

—El hermano Escobillas llegó a los ciento cuatro —notició Claudio.

—Ese, coño, es que tenía la potra mayor del pueblo. Pero yo no.

—¡Ay, qué tío! Y qué tendrá que ver.

—En serio, coño. Yo me noto el cuerpo muy *desavenío*.

Cada vez que Venegas decía su coño estribillo, y lo venía diciendo desde que era niño, los contertulios se reían.

—Venga, Benito, ánimo, a ver si eres capaz de hablar una frase completa sin recostarla en el coño —le invitó Claudio.

—Coño, Claudio, qué cosas tienes.

El coro de risas fue un disparo general, pero no cumplió su curva de entonación, porque de pronto se alumbró el cielo con un relámpago tan ancho y llameante que todos, casineros y peatones, tuvieron que cerrar los ojos y dar una encogida como si les echaran la luz en la cara. Apenas se apagó el relámpago, se hizo un silencio temeroso en espera del trueno aparvero, que llegó a su aire con menudo temblor de cristales.

—¡¡Coño!! —gritó Venegas con el jarro de cerveza en suspenso.

Sucedieron otros truenos comparsas, de menos orquesta, que todo el mundo recibió callado, menos el nieto de Claudio que rompió a llorar con muchísima congoja.

—Calla, hermoso, calla chico... Es el coño más a cuento que te ha salido en tu vida, Venegas... Calla hermoso, si ya se ha *pasao* —decía Claudio atendiendo al nieto y al cumpleaños con la misma boca.

Ardieron en seguida nuevos relámpagos, no tan lucidos como el delantero, con sus respectivos acuses tronadores, y sin chispeo anunciador, arrancó a llover tan aína y cortinero, que en pocos segundos no veían la frontera Posada de los Portales. Y como si cada adoquín fuese un manantial, la plaza se anegó supitaña.

Cuantos estaban en el Casino abandonaron vasos y partidas para acercarse a los ventanales y ver aquel descenso de aguas, entreverado de granizo, tan furioso. Los dos camareros, Perona y Moraleda, el repostero Eugenio, su mujer, su hijo y el conserje, se agolpaban contritos ante las cristaleras como si desfilasen por la plaza todos los enemigos del orden y del bien común.

Si parecía que iba a amainar el chaparrón, de pronto llegaba el alerta de nuevos relámpagos, el calderoneo de sus truenos anchos, y con nuevo aliento arreciaba el aguacero como si fuese a convertirse el pueblo en puerto de mar, según prometió aquel que antaño se presentó a diputado.

—«¿Qué queréis, hijos de Tomelloso?».

—«Que hagan el pueblo puerto de mar».

—«...*Concedió*».

A los quince minutos poco más o menos del primer ataque, el agua rebasó las aceras y se colaba bajo las puertas del Casino.

Poco a poco se distendieron los nervios y volvieron a oírse palabras sueltas, a verse lumbres de cigarros y reencuentros con la copa y la partida, augurando todos mal tercio para la feria y el viñedo.

Chorreando las barbas y la melena, con la camisa de cuadros azules y blancos empapada, apoyándose en la muleta, y una guitarra enfundada colgada en bandolera, entró *Cachondo Mudela*. Se plantó en el comedío del Casino, se sacudió el agua con vibraciones zoológicas y se sentó, dejando sobre otra silla muleta y guitarra.

José Mudela, que así era su nombre —aunque él quería que le llamasen *Giocondo* y la gente le decía *Cachondo*—, era un medio mendigo, cantor de protesta, natural de Burgos, que había caído por el pueblo cuando la última romería de la Virgen de las Viñas y allí se quedó en espera de la feria. Debía andar sobre los cincuenta años y era hombre de poco hablar y mucho mirar. Mientras le traían el café, de cuando en cuando, como un león de dibujos animados, meneaba las melenas para escurrirse el agua, sin dejar de mirar con cierta enfática obsesión el mármol de la mesa.

Los contertulios de Plinio, al ver que el *Cachondo* se quedaba transido y sin reprise, hicieron gesto de no entender y mecieron los vasos para resucitar la espuma de la cerveza, amainada con tan larga suspensión. Calló o casi calló el nieto de Arrarte, y Venegas, dando palmadas para quitarse el susto y a la vez llamar a Moraleda, voceó:

—¡Moraleda, más cañas y combebibles, coño!

Rieron todos, pero menos que con el coño anterior, hasta que Claudio, para continuar la subida de ánimos, voceó también:

—Moraleda, coño, ¡cañas!

Se generalizó la conversación con el nuevo servicio y aunque el agua seguía ciliciando los cristales con parejo encono, volvieron a los humores de antes.

A Plinio le gustaba la cerveza de entrada, para matar la sed gorda o regar la plaza, como allí se dice. Y don Lotario, siempre atento a los deseos de su amigo y ejemplo, así que bebieron el segundo jarro, dijo como ocurrencia propia:

—Si nos pasáramos ya al vino no sería ninguna tontería... Que la plaza fijaros como está ya.

Por los últimos veinte años, en Tomelloso sólo bebían la cerveza los señoritos distinguidos. La verdad es que el aperitivo no se estilaba. Como casi todos eran entonces viñeros o trabajaban en bodegas —ahora hay más empleomanía— el vino era especie doméstica que a nadie se le ocurría buscarlo en establecimientos. En los casinos se bebía café y refrescos; y en las tabernas aguardiente. No existían bares. Y vino había en todas las casas para remedio de cualquier sed. El obrero de bodega cada media hora se echa un trago y lía un cigarro. El viñero, que llevaba la bota atada a los varales del carro —ahora tractor—, cuando el sol lo deja sin saliva se da un lavativazo de chorro fino. El que estaba en el patio de su casa sin faena, esperando visita o algún muerto amigo para echar la tarde, cuando llegaba al límite del aburrimiento se bajaba a la cueva pasico, y allí, a la fresca, le daba un tiento al jarro cubierto con tapetillo para evitar mosquitos; liaba su pito, y subía despacio, pantaloneando, a ver si pasaba otra hora... Y al llegar los bares, primero el American-bar en el Paseo de la Estación y luego el bar Medina en la plaza, se democratizó la cerveza y en aquel pueblo de caldos anegadores las gentes se dieron a beberla tirada, de barril. De ser bebida señorita pasó a ser popular y hoy todo el mundo antes de ir a la comida o la cena se cañea un rato. Digamos que es una tradición distinguida. Últimamente, la gente un poco fina va haciendo algunas concesiones al vino paisano, y después de tirarse unas cañas al paladar, pone un epílogo vinatero.

—Yo sigo con las cañas, coño —dijo Arrarte.

—La cerveza es hermosa —dijo Recinto el exiliado alzando la jarra— porque siempre es mucha; es líquido de grandes tragos. Rubia de muchas hechuras que no cansa, hace la boca espuma, y riega muy bien toda la fisiología. Durante estos años siempre me acordaba del vino paisano, pero a la hora de las comidas la cerveza, que es de todo terreno, me hacía mucha compañía. Entra a chorro grande, como las alegrías, y siempre pone a las gentes de excelente natural.

—Eso de que es rubia de muchas hechuras está bien traído —dijo don Lotario—. Pero después de una rubia amplia no viene mal una morena recortada y violenta como el vino de catorce.

—Pero hombre, don Lotario, no lo creía a usted tan polígamo —dijo Claudio.

—Coño, don Lotario polígamo.

—Recinto, está usted muy poeta —le dijo Perona que bacineaba en el corro.

—A mí la cerveza siempre me trae suavidades —siguió el exiliado con halago—. No me imagino esas orgías en las que dicen que bañan a las hembras con champaña. Qué picor, y qué caro baño. Me gustaría bañar en cerveza a alguna que yo me sé y verle discurrir la espuma por la canal maestra... y florecerle alrededor de los pezones.

—Pero, coño, que hay aquí una criatura de dos años —interrumpió Venegas—, no digas obscenidades.

—Cono... cono... —dijo el niño riéndose.

—Toma del frasco, la única obscenidad que aprendió fue tu coño.

—Cono... cono.

Y todos se rieron más que en toda la mañana con el sorprendente decir del niño.

Giocondo, que se había echado la camisa de cuadros azules sobre los hombros para distanciar la humedad, dormía o parecía dormir con las melenas sobre la cara. Tenía pinta de figura de cuadro amanerado.

A Recinto el exiliado, ya bien cano, moreno y de cara larga, le había quedado para siempre semblante de nostalgia. Parecía que sus ojos no miraban, sólo reflejaban. Y al hablar movía la mano con lerdo compás, como si soñase con lejanos cardinales. Tenía acento mejicano y algo de corneja despaciososa.

—La cerveza es vino hembra.

—Sí, hombre, sí, cansino, hembra rubia. Si ya lo has dicho —comentó Claudio que ya estaba cansado del discurso.

Plinio, con su tinto a mano, lió un «caldo» sin dejar de mirar al ventanal. La lluvia, ya sin relámpagos ni ruidos, seguía constante, gris, en

paz. Los que refugiados en los soportales aguardaban que escampase, impacientes ya, cruzaban a pancho, chapoteando en las charcas turbias. Uno cruzaba la plaza con el hijo a hombros, despatarrado sobre su nuca. Otro, un mozalbete, haciendo payasadas. Y una mujer, gritando, riendo, con las faldas recogidas. El cielo estaba tan prieto que parecía la caída de la tarde. Los perfiles de los bebedores de la mesa de Venegas semejaban turbios cachos de nube y las luces de los cigarillos tenían un tinte de coral suave. Los casineros que quedaban lejos de las ventanas se veían como sombras pintadas en el último término de un cuadro nórdico. Las conversaciones se espaciaban mucho y las palabras salían blandas, como dichas a distancia.

—Anda, coño, se ha dormido el nieto.

Claudio lo tenía acunado entre los brazos y lo miraba entre tierno y burlón. La corbata, ancha y de lunares profusos, le caía al niño sobre la frente.

Plinio miraba el cuadro con gesto paternal y el cigarro en «el rincón del córner» como decía Perona.

A veces, si la lluvia se amainaba un poco, era para tomar fuerzas y arreciar de seguido.

—Coño ¿sabéis lo que digo?: que comemos aquí. Ya está.

Paga este cincuentón. Así no hay quien se vaya a su casa, coño.

Todos se miraron con aire de no despreciar la idea.

Luis Pérez echó una risa al del reconvide, con la cachimba entre los dientes; y Plinio y don Lotario se hicieron un gesto de conformidad.

Benito Venegas, por nombre público *Coño Venegas*, gordo y corto de cuello, parecía llevar la cabeza simplemente superpuesta en los hombros, sin puente ni remedio de cuello. Y siempre decía riendo o haciendo como que reía, con los ojos muy guiñados y gesto de sublime inocencia. A veces, también es verdad, cuando se quedaba callado o de testigo de parla, se ponía de un serio gilipollas.

—Coño, Moraleda, sigue trayendo tapas, pero a base de doble y con pan.

El conserje dijo a Claudio que lo llamaba Lucila, su mujer, por teléfono.

—Dile cómo estoy. Que tengo el muchacho dormido. Que ya iremos. Que cuando se despierte le daré un yogur.

Moraleda no se hartaba de traer bandejas con tapas humeantes, y todos masticaban y bebían despaciosos, con los ojos fijos en el ventanal.

—Coño, va a llover más que cuando enterraron a Zafra.

—Oye Venegas, ¿qué pasó en el entierro de Zafra? Que todo el mundo habla de él pero nadie se explica —preguntó Luis Pérez.

—¡Uh!, coño, yo qué sé... pero siempre se dice eso.

—Yo sí sé lo que pasó, que estuve en el entierro —(don Lotario).

—¡Ah sí!, lo del *fregao* de la cara —(Plinio).

—Venga, cuenten —(Claudio).

—Sí hombre, a Zafra lo amortajaron con un pañuelo de hierbas en la cabeza hecho gorrete, al uso viñero. El hombre lo dejó dicho. Y diluviaba como hoy... Esto debió ser el año que Áureo cerró el comercio. Total que salió un entierro de doble luto. Y digo de doble luto, porque todo el mundo iba con paraguas. Los curas con las sotanas levantadas, las mujeres chillando. Y como era hombre muy conocido, fue muchísima gente, no creais. Hasta que por el comedio de la calle del Charco, que estaba malamente de pavimento y venía una descomunidad de agua, el coche de muerto va y se embarranca. El cochero venga de arrear los caballos, pero que si quieres. Dos o tres hombres cogieron a los jacos del cabestro, pero nanai. El cochero que se quita el cinto y empieza a apalear a los caballos. Por fin, espantados, dieron un tirón fenomenal, pero tan hondas estaban las ruedas del coche, que del tirón volcó con todo el aparato de coronas, féretro y cristaleras. Bueno, no os digo lo que se tardó en desenganchar los caballos, levantarlos y por último alzar el coche, ya que debajo estaba la caja. Y a todo esto lloviendo a manta. El ataúd se había abierto y desvencijado del golpazo. Y el muerto, qué leche, no era conocido, de puro embarrado, cuando lo sacaron de su hoyo provisional. Total, que allí mismo, de cualquier manera, hubo que fregarle la cara al pobre Zafra, hasta que quedó parecido. Y apañándole como se pudo en la caja, hecha una barca rota, la metieron en el coche entre varios del duelo y siguió el entierro; el más *mojao* de la historia de Tomelloso.

—Coño, vaya entierro. Con razón se le mienta tanto los días de temporal.

Pasados los comentarios del entierro de Zafra y su *fregao*, se hizo una poca pausa, hasta que la rompió con palabras pensosas Amalio Recinto el exiliado:

—Cuando estaba en América, siempre que imaginaba el pueblo lo veía con sol.

—Coño. ¿Y eso?

—Claro, *igualico* que los enamorados, que nunca se representan a la novia en cuclillas y haciendo fuerza, sino con los ojos tiernos y la boca húmeda —(Claudio).

—Yo —colaboró Plinio también añorante— siempre me pensaba a la novia regando macetas.

—Y yo, fíjate qué cosas, planchando —dijo el veterinario—. ¿Y tú, Luisito Pérez?

—¿Yo?... No sé. Más bien asomada al balcón de su casa de Madrid, el balcón que daba a la calle de la Visitación.

—Qué cortos sois, coño —saltó casi indignado el convidante—. Yo siempre me la figuraba boca arriba y con las dos manos en la nuca.

—Ea, a lo bestia —exclamó Claudio.

—¿Y por qué con las manos en la nuca? —curioseó don Lotario con el vaso en el aire.

—Coño, cada cual tiene su postura favorita.

—Eso sí. ¿Y tú Claudiete, cómo te la representabas?

—Dejaros de intimidades, que ya truena otra vez.

—Coño, qué animal —dijo asustado Venegas al oír el torrencial de truenos que remeneó el vidriado de todo el Casino.

Se hizo un silencio general, respetuoso, y un poco de pelopunta por la sonora temeridad del cielo. Al cabo, Recinto, vuelto a la playa después de la marea de evocaciones novieras y del contrapunto tonante, reanudó su tema con lejana voz de gaita tocada en el valle:

—Desde allí siempre imaginaba uno que las caras seguían tan frescas como nos despidieron; y la plaza llena de mañana, de sol, con aquellos

árboles de hojas a estreno que vimos un día incomparable. Las ganas de volver (¿por qué será, Dios mío?) se le van agarrando a uno a todas las partes tiernas del cuerpo, hasta que un día se te pone loco el corazón y vuelves como sea... La tierra tira más que la madre. Se murió la mía aquí, a poco de la guerra, y fíjate qué dolor. Pero el tiempo, que tanto lija, poco a poco fue achicando la basca y los disturbios del alma ausente, hasta quedar su recuerdo como una estampa pequeñita. Pero la tierra de uno, y especialmente el terruño, seguía pesándome de tal forma en los cimientos del pecho, que una tarde me fui al encargado de negocios y le pedí la visa. Y a hacer puñetas el negocio, Méjico y la puta de mi mujer.

Al escuchar este rabo del párrafo lírico de Amalio Recinto el exiliado, a todos los contertulios se les avivó el gesto y le apuntaron con los ojos ávidos.

Amalio Recinto fue socialista, casi romántico, concejal en el Ayuntamiento de los primeros años de la República. Alto, de buen tipo y medio señorito, hijo de viñeros ricotes, estudió sobrestante, pero no ejerció. Su deporte fue la política, y su vivir, las uvas. Apenas empezó la guerra se fue al frente y lo hicieron oficial. Siempre tuvo algo de bohemio y de orador lírico. Pero todo bien llevado por su buena pinta, simpatía y ternura de corazón. Ahora con el pelo blanco, lleno de arrugas; el traje gris claro impecable y la camisa blanca sin corbata, parecía una vieja edición de aquel mozo juncal que echaba mítines sobre la justicia social y la cultural. Por el cuello abierto de la camisa le asomaban los pelos blancos del pecho, y al chupar el cigarrillo echaba la cabeza hacia atrás como si pensase.

Después de una pausa, Recinto volvió a su tocata con los ojos un poco húmedos y clavados en aquel escaparate del agua que era el ventanal.

—Mi mujer se largó con uno de Monterrey, casi gigante, y con las cejas muy negras. La hija de la gran chingada. A las mujeres siempre les gustan los hombres muy grandes. Y yo no soy chico. Deben creer que las cubren más, que a más esqueleto más minga, que a más carne más hombría... Se marchó con él sin venir a cuento. De la noche a la mañana. Dejándome un papel. Nunca nos llevamos mal, pero tampoco era un primor de relaciones. Yo siempre fui un poco putero, pero guardaba las formas, al menos eso creo

yo. Ella era, ahora me doy cuenta, un ser sin sabor ni color, que no sabía uno cómo recordarla. Ni buena ni mala, ni guapa ni fea. Canto rodado. La única cosa que de ella no olvido es el grito de locomotora que soltaba cuando le daba la *fogará*, en la culminación del regocijo. Es curioso que de una persona sólo te quede el sonar de un grito... Pero a lo que iba, ni el dolor por la fuga de aquella puta me pesaba tanto como el tirón de la patria, del pueblo. ¿Qué coño de raíces nos fijan a donde nacemos?

Calló y quedó transido. Los contertulios apenas se miraban de reojo. El agua, ahora cansina, hacía tornasoles entre morados y azulencos. Y a su través se veía la plaza como con cristales ahumados de aquella calor.

—Coño, ¿qué le pasa al agua? —dijo el de siempre, al rato de las declaraciones cornelianas del exiliado.

—Debe ser efecto del sol —dijo Plinio sin mucha seguridad.

—O de la bomba atómica. Verás —exclamó Claudio requiriendo volver a la broma cumpleañosera— lo que nos faltaba.

La plaza, y las cabeceras de la calle de la Feria y de la Nueva, parecían estar tras una cristalera temblorosa, de color, ya digo, entre azul y morado, cada vez más intensos. Y a las escasas figuras con paraguas que cruzaban, iban y venían, que por cierto miraban sorprendidas aquel resol o lo que fuera, les pasaba igual.

Así estaban las cosas en la tertulia, cuando llegó el conserje:

—Manuel, que le llaman por teléfono.

Marchó el jefe a la cabina con cierta recochura por el color del panorama.

Encendieron todas las luces del Casino a petición de los jugadores, que no distinguían un orón de una peseta, y con ello el exterior perdió su efecto y quedó más oscuro y normal.

Cuando volvió Plinio, don Lotario le interrogó con los ojos.

—Don Lotario, nos llama el señor juez, que está sin coche. Que a ver si nosotros podemos llevarlo. Se ha ahorcado una chica, la hija de Simón Bolívar.

—¿Otra ahorcada? —exclamó, sorprendido, don Lotario.

—¿Y preñada también? —preguntó Claudio.